

envenenó á su esposo con un plato de setas con el fin de que su hijo subiese al trono, y despues el hijo asesinó á la madre. — Por mi ánima que fué una familia lucida la de la señora Gripina, mi amo. Y siga Vd., que no lleva mal principio la historia.

En COLONIA fué proclamado emperador Vitelio. De COLONIA salió Trajano cuando fué llamado á Roma por el emperador Nerva para dividir con él el imperio; y desde entónces fué COLONIA la capital de la Gaula Rhenana inferior. Así es que la ciudad está todavía llena de restos de antigüedades romanas. En el año 508 fué proclamado Clóvis rey de los Francos en esta ciudad: y Pepino, ántes de ser rey de los Francos, fué duque de COLONIA..... ¿Te has dormido, Pelegrin? — No, señor. — Me parece que sí: ¿de quién estaba hablando? — Decia Vd. que en esta ciudad habia buenos pepinos. — ¡Badulaque que tú eres! Del rey Pepino hablaba, el hijo de Cárlos Martel y hermano de Carlo-Magno, no que de pepinos: y Carlo-Magno tambien visitaba con frecuencia esta ciudad, que despues Othon el Grande reunió al Imperio Germánico, concediéndole grandes privilegios. — En la edad média era COLONIA el mas poderoso apoyo de las Ciudades Anseáticas. Entónces podia armar ella sola 30,000 guerreros: tenia 11 cabildos, 58 conventos, 19 parroquias, 49 capillas y 16 hospitales. En el siglo pasado hizo parte de la República francesa: en 1814 la ocuparon los rusos, y al año siguiente la cedieron á los prusianos, que desde entónces la conservan, siendo ahora capital de la provincia de Cleves-Berg, y estando poblada de unos 70,000 habitantes, que viven en 7,500 casas.

¿Oyes, Pelegrin? Pelegrin, ¿duermes? — ¿Quién llama? — Nada, nada, prosigue en tu sueño venturoso.

Y apagué la luz diciendo: « Viaje Vd. y dése malos ratos por aprender las historias de los pueblos; y luego cuénteselas Vd. á los legos, que ellos se quedarán dormidos.

#### La obra del diablo.

Salimos al dia siguiente temprano á recorrer la ciudad, acompañados de nuestro correspondiente *domestique*, el cual llevaba su gran placa colgada de un ojal de su levita. En Alemania este servicio de *domestiques de place* ó *commissionnaires*, *guias* ó *cicerones*, es un ramo regularizado. Ellos son nombrados por la ciudad, y se distinguen por una placa en que consta el número y cuartel respectivo de cada uno: ¡oh! Dios librara á quien no estuviese inves-

tido de su gran diploma de intrusarse á hacer oficios de *cicerone* con cualquier extranjero!

— ¿Qué es lo que gustáis ver ántes? nos preguntó el nuestro. — Visitaremos (le respondí), si os parece la catedral. — ¡Oh! *Le dôme de Cologne!* Ciertamente es cosa que admiran todos los viajeros: está bien, yo os llevaré á la catedral.

Despues de revolver una porcion de calles, á la verdad no muy rectas ni limpias, oyendo continuamente los toques de trompeta que anuncian la incesante entrada y salida de diligencias y coches-correos, dimos vista á la famosa catedral de COLONIA, obra maestra de la arquitectura teutónica, ó por mejor decir, obra maestra del diablo, por mas que parezca impropcedente que el diablo se haya metido nunca á arquitecto de catedrales. He aquí el motivo de haber sido obra del diablo la catedral de COLONIA, segun lo refieren las leyendas y crónicas del país.

Habia ya concebido el arzobispo Engelberg, llamado el Santo, la idea de hacer una catedral en COLONIA; pero quien mas seriamente pensó en la ejecucion, fué su sucesor el arzobispo Conrado. Este se propuso levantar un templo-metrópoli, una basilica que excediese en grandeza, belleza y suntuosidad, á todo lo que se conocia de mejor en materia de templos. Para ello puso á su disposicion y le abrió sus arcas el cabildo, uno de los mas ricos del mundo. Publicóse el programa, y empezaron á llover planes y diseños de catedrales enviados por todos los mejores arquitectos de Europa. Ninguno llenaba la santa ambicion del prelado: ninguno le satisfacía: todos los iba desaprobando.

Picó esto y mortificó de tal modo el amor propio de un jóven arquitecto de la ciudad, que se resolvió á propener al arzobispo que se encargaria de hacer un diseño que habria de satisfacer sus deseos, con tal que le proporcionase fondos para visitar y estudiar los templos de Alemania, de Francia y de Inglaterra. « Concedido, dijo el prelado; aquí tenéis esta bolsa de oro: andad, y volved presto. »

Hizo mi buen arquitecto su largo viaje facultativo: regresó á COLONIA, y confiado en sus estudios de viaje, y pensando siempre en su plan de catedral, salió una tarde al campo, y sentado sobre una piedra á la orilla del Rin, comenzó á trazar líneas con su lapicero. Perfilaba fachadas, campanarios, torres góticas, arcos ogivos, bóvedas y flechas; todo le parecia incompleto y mezquino: borraba, volvía á hacer líneas, rompía un papel, dibujaba en otro, y se quemaba y se consumia, porque nada salía á su gusto. Ya

por fin á fuerza de tentativas logró hacer un diseño en que le pareció hallar grandeza y majestad ; y cuando él comenzaba á felicitarse de su obra, oye detras de sí una voz caseajosa que acompañada de una risa sardónica, le dice : — « ¡ Bravísimo, amigo ! acabas de trazar la catedral de STRASBURGO. »

Vuelve súbitamente la cabeza, y ve un viejo, pequeño, feo, de ojos saltones y puntiaguda barba, vestido de un balandran negro, que casi apoyado sobre su espalda reía malignamente. « Á fe, dijo para sí el arquitecto, que la figura no es para excitar simpatías ; pero él tiene razon. » Borra su catedral, empieza á delinear otra, y le vuelve á decir el viejo con la misma maligna sonrisa : « muy bien va eso, jóven, pero llevas traza de diseñar la catedral de REIMS. » Reflexionó el arquitecto, y se convenció de que el anciano decia verdad. « Pues á otra cosa. » Y empezó otro dibujo. « Jóven, le dijo el ente misterioso, tú no has viajado solo por Francia, sino que tambien has visitado la Inglaterra. — Cierto, ¿ pero de qué lo sabéis vos ? — Lo infiero, porque estás haciendo el plan de la catedral de CANTORBERY. »

Amostazado el jóven de la impertinente pero verdadera crítica del viejo, arroja desesperadamente el papel y el lápiz, dando un gemido de sentimiento y de rabia. — Á fe, le dijo el anciano, que te desesperas por bien poca cosa : nada mas fácil que la obra que estás encargado de hacer. — ¿ El plan de una catedral para COLONIA que sea mejor que todas las catedrales conocidas, es cosa fácil ? — No puede serlo mas. — ¿ Os atreveriais vos á hacerlo ? — ¿ Y por qué no ? — Pues bien, hacedle ; monseñor Conrado escogerá despues entre el vuestro y el mio. — Acepto.

Y sacando el viejo de debajo del balandran una varita, en un minuto trazó en la arena la flecha mas elegante y esbelta que se pudiera concebir. — ¿ Quién sois vos, exclamó el arquitecto, que tan fácilmente ejecutáis lo que los hombres ni siquiera se atreverian á imaginar ? — ¿ Yo ? nada mas que un pobrecito viejo que sabe lo que valen las bravatas de los jóvenes. — ¿ Y no podriais, buen viejo, confiarme el diseño de vuestra catedral ? Vos me hariais feliz. — Firma en este pergamino, y te le daré. — ¿ Qué me pedís con esa firma ? — Poca cosa ; nada mas que tu alma.

Lanza el pobre jóven, lleno de pavor, un *Vade retro*, y trata de huir diciendo : « Este viejo es el mismo Satanás en persona. — Sí, Satanás soy ; pero vuelve, jóven incauto, vuelve ; ven acá : ¿ te parece cara una catedral que valdria bien las almas de todo el cabildo, y yo te la doy por la tuya sola ? Mira el conjunto

de toda la catedral y reflexiónalo bien. » Y en el mismo instante traza Satanás en la arena un templo mágico, lo mas perfecto y acabado que idearse pudiera. Pónese á meditar el arquitecto mas tranquilo, y determina jugar una treta al diablo. — Está bien, le dice ; dadme vuestra catedral, se la llevaré al arzobispo, y si en virtud del diseño me encarga la obra, yo os ofrezco mi alma. — ¡ Pobre mozo ! ¿ piensas engañar al diablo ? Firma, y te daré la catedral. — Eso no. — Pues la catedral ántes de la firma tampoco. Piénsalo bien, consúltalo con la almohada, y hasta mañana á média noche en este mismo sitio. — Bien, hasta mañana á média noche.

Despidiéronse así. El arquitecto corre presuroso á contar al arzobispo la aparicion diabólica ; le entera del maravilloso plan de catedral que Satanás poseia ; el arzobispo se sorprende ; reune el cabildo, lo pone todo en su conocimiento, se discute entre todos el medio de arrancar la catedral de las garras del diablo, y se resuelve que acuda el arquitecto á la cita convenida armado de un relicario de Santa Úrsula, que presentará al espíritu maligno tan luego como haya logrado atraparle el ansiado diseño.

Acude el artista la siguiente noche á la hora y sitio señalados, confiado en la proteccion de su sagrado talisman. Esta vez no es un viejo extravagante el que se le aparece : es un ángel con alas de fuego bajo la figura de un jóven alto y robusto, de ancha frente y de mirar sombrío, que con el plano en una mano y el convenio en la otra, le dice : — « Jóven artista, firma el pacto y toma la catedral. » El arquitecto tiembla ; pero el relicario le infunde valor, y agarrando el papel de la catedral con una mano, y dando con la otra á Satanás con *Santa Úrsula* en los hocicos : « Retírate, espíritu de las tinieblas, le dice con hueca y esforzada voz. » Satanás se queda un rato inmóvil ; y en seguida con rabioso acento, le dice : — « Jóven, algun clérigo te ha aconsejado ; esta es una treta eclesiástica : pues bien, me retiro, pero la catedral que me robas no se acabará nunca, y tu nombre quedará ignorando entre los hombres. »

Huyó Satanás envuelto en una negra nube de denso humo que le arrastró hácia el rio. El arquitecto corre desalentado á la capilla de Santa Úrsula, donde le aguardaba el cabildo reunido : — Señores, aquí está la catedral que acabo de arrancar de las uñas del demonio. — ¡ Gloria al arquitecto ! exclamaron todos los canónigos á una voz. Pero, ¡ cuál fué el general desconsuelo cuando al desarrollar el pergamino se encontraron con que el diablo se había lle-

vado entre las uñas un pedazo de catedral! Faltaba una torre: en vano el pobre artista consumió sus vigilijs en diseñar otra torre que estuviese en armonía con el cuerpo del edificio: gastó sus días en hacer líneas y combinaciones, y viendo que le era imposible armonizar diseño alguno con la obra diabólica, murió de pesadumbre. Su nombre ha quedado ignorado, y la catedral por concluir, con arreglo á la profética amenaza del diablo que la dibujó.

Esta es la historia de la famosa catedral de COLONIA, tal poco mas ó ménos como la cuentan las leyendas y tradiciones del país.

Sin embargo, cuando yo Fr. Gerundio la visité, se estaba continuando la obra con ánimo resuelto de concluirla y de dejar al diablo colgado de las agallas como se merece. ¿Lo conseguirán? El tiempo nos dirá quién tiene mas poder, si el diablo ó el cabildo de COLONIA. Entretanto se trabajaba con ahinco. El mismo rey de Prusia contribuye cada año con una cantidad considerable para la obra: el año pasado de 1841 habia dado 50,000 *thallers*. Y yo, Fr. Gerundio, tengo tambien el honor de haber contribuido con mi bolsillo á la obra de la catedral de COLONIA, pues á ello se destinan las propinas de los extranjeros que visitan el templo, cuyas visitas se han tasado en dos escudos de Prusia cada una, que hacen mas de ocho pesetas españolas.

#### Los Reyes Magos, y las once mil virgenes.

Con motivo de la obra estaba todo el cuerpo interior de la catedral obstruido con andamios, garruchas, caballetes y demas mueblaje de la carpintería y albañilería. Celebraba el cabildo sus oficios en otra capilla inmediata, no en la capilla y altar mayor, que se hallaban cubiertos con un gran tablado; pero aun se veia la alta bóveda del coro que sube majestuosamente hácia el cielo, los grupos de esbeltas columnas que se lanzan atrevidamente á una altura prodigiosa, la famosa cristalería, y otras bellezas artísticas que fuera prolijo enumerar.

— Venid, nos dijo el guía, á la capilla que está detras del altar mayor, y veréis el sepulcro de *los tres Reyes Magos*.

— ¡Cómo! ¡los tres Reyes Magos están enterrados aquí! — ¡Oh! sí, ciertamente; aquí reposan los huesos de los tres Reyes que fueron á adorar al niño Dios. — ¿Y cómo han venido á parar aquí los restos de sus majestades? — Os contaré su historia.

«Cuando Federico I de Hohenstaufen conquistó y devastó á Milan, se apoderó de los huesos de los tres Reyes Magos que descansaban allí, no sé con qué motivo, y los regaló al arzobispo de Colonia, Reinaldo, el cual loco de contento con la posesion de tan preciosas reliquias, trató de levantar un templo digno de ellas. El plan fué trazado, se buscaron obreros, y se puso mano á la obra. Los operarios salieron un poco mas haraganes de lo que el celo del arzobispo podia sufrir; y el prelado, que era un caballero antiguo, y habia manejado ántes la lanza que el cayado, acordándose mas de lo que habia sido que de lo que era, tomó por costumbre imprimir la aficion al trabajo á los obreros á fuerza de bastonazos que diariamente les regalaba. Cansados estos de sufrir tan significativas insinuaciones, y apreciando en mas sus costillas que la vida de Monseñor, tramaron una conspiracion y resolvieron deshacerse de él á toda costa. Un dia pues, poco ántes de la hora en que el celoso prelado acostumbraba visitar los trabajos del templo, le esperaron escondidos tras de un andamio, teniendo delante un gran rimero de piedras.

» Llega el arzobispo; y cuando le tuvieron á tiro, y cuando él miraba á todos lados buscando sus operarios, ¡ira de Dios! descargan sobre su apostólica humanidad una horrorosa lluvia de piedras, y acertándole una peladilla en el sitio destinado al solideo, da con su ilustrísima en tierra. Avalánzase entónces á él el ejército coligado, y á martillazos ponen fin á sus días. Pero tras del pecado les vino la pena. Orgullosos los obreros con su triunfo, salen como locos por la ciudad dando descompasadas voces, é incomodando al vecindario. Exaspéranse los habitantes con tan irregular comportamiento, reunense, emprenden con la turba de obreros, y los cazan y asesinan como á bestias feroces.

» La vindicta pública quedó satisfecha, pero los tres Reyes quedaron tambien sin asilo. Trasladóseles despues á una iglesia provisional, donde se les construyó una magnífica caja guarnecida de planchas de oro é incrustada de piedras preciosas: sobre sus tres cabezas se pusieron tres coronas de oro, de peso de seis libras cada una, y adornadas de una porcion de diamantes y de perlas, debajo de las cuales se escribió con letras formadas de rubies, los nombres de GASPAR, MELCHOR Y BALTASAR.

» Tan pronto como la catedral estuvo habitable, fueron trasladados á ella los tres Reyes; y el elector Maximiliano Henrique de Baviera, les hizo construir un bello monumento, que es el que veis. Sus majestades descansaron en paz hasta el año 1794, en

que viendo la guerra que los franceses habian declarado á las testas coronadas, creyeron necesario emigrar, y se retiraron á Westphalia huyendo del ejército frances, y acompañándolos el arzobispo que no quiso apostatar del partido monárquico. En 1804 regresaron los Magos á Colonia, pero tan mal parados, como habian quedado en aquella época la mayor parte de los Reyes vivos. Habian perdido las coronas y casi todas las alhajas. El cabildo las ha hecho reemplazar posteriormente con coronas de perlas imitadas y de piedras falsas; pero sus majestades, que no deben entender gran cosa del ramo de bisutería, parece que se hallan tan contentos como si conservaran las antiguas.»

La relacion del *cicerone* tenia á Tirabeque con la boca abierta, y á mí me convenció de la certeza de lo que ya habia leído, á saber: que por Alemania no se puede dar un paso sin encontrarse con una leyenda antigua. La Alemania es el país de las leyendas.

«En esta misma capilla, añadió el guía, están depositadas las entrañas de la célebre *María de Médicis*: ved allí la caja que las encierra. ¿Queréis ver, prosiguió, las *once mil vírgenes*?— ¡Cómo es eso! exclamó Tirabeque: ¿tambien andan por aquí las once mil vírgenes? ¿Y dónde hay sitio para tantas hermanas? Si es cierto, veámoslas, que si están todas, aun será obra de largo rato el pasarles revista.

» — ¡Oh! ellas están enterradas en la capilla de *Santa Úrsula*, distante algun trecho de aquí: toda la iglesia está llena de los huesos de las santas doncellas. Pero en una capilla del coro de esta misma catedral, veréis un gran cuadro que representa su arribo á *Colonia*; porque habéis de saber que los habitantes de *COLONIA* tenemos el honor de que en nuestro territorio fueron martirizadas *SANTA ÚRSULA* y sus *once mil jóvenes compañeras*. — ¡Pues no está malo el honor, por vida mia! repuso Tirabeque; el honor fuera si Vds. les hubieran salvado las vidas; pero decir que es honor el haber dado martirio á once mil doncellas! — Perdon; quien las martirizó no fuimos nosotros, sino los godos que se apoderaron de la ciudad: los germanos la defendieron con todo el valor posible.»

Así hablando llegámos á la capilla; y cuando contemplábamos el grandioso cuadro, ¿y no podrá Vd. decirme, señor comisionista, (le preguntó Tirabeque), quiénes fueron y qué hacian por aquí tantas muchachas juntas? Porque yo he oído mucho de las once mil vírgenes, y nunca he podido saber qué cosa fueron las tales niñas? — ¡Oh! las once mil vírgenes, fueron once mil damas de honor, hijas de las familias mas nobles de la Gran Bretaña, escogi-

das por los reyes de aquella nacion para que acompañasen y sirviesen de cortejo á su hija la princesa Úrsula, á quien un ángel habia comunicado de parte de Dios que aceptara la mano del príncipe Coman, hijo del príncipe Germano Agripinio, que la solicitaba por esposa. La jóven y hermosa princesa partió para Roma acompañada de sus once mil damas nobles con objeto de recibir un segundo bautismo del papa Ciriaco.

Hecho esto, las once mil vírgenes se volvieron á embarcar en el Rin; el papa Ciriaco con una gran parte del clero vino acompañándolas. Al llegar á Mayenza les salió al encuentro el príncipe Coman, pretendiente de Úrsula, el cual, encantado de su belleza, dijo: «Imposible es que el Dios á quien adora una criatura tan hermosa, no sea el verdadero Dios:» y el momento resolvió hacerse cristiano. Bautizale el papa incontinenti; prosigue la santa comitiva su navegacion hasta *Colonia*, con ánimo de celebrar aquí el matrimonio, y entran las *once mil vírgenes* en la ciudad. Á este tiempo cae sobre *Colonia* un ejército de godos; los habitantes, mandados por Coman, hacen una vigorosa defensa, miéntras las once mil vírgenes se ocupaban en rogar á Dios por la salvacion de la ciudad; pero el cielo habia decretado que los godos vencieran: entraron estos, pusieron á las once mil vírgenes en la alternativa, ó de casarse con once mil godos, ó de sufrir el martirio. Las santas doncellas prefirieron este último extremo, y fueron todas degolladas en un dia.

¡Bárbaros! exclamó Tirabeque dando un grito de indignacion: no creí yo que los tales godos eran tan feroces: ¡degollar once mil hermosas muchachas!!! ¿Pero cómo podrian reunirse tantas doncellas, mi amo?— Autores hay Pelegrin (le dije yo), que sostienen no haber sido *once mil* sino *once* solamente; y que la equivocacion nace de la circunstancia de llamarse una de ellas *Undecimilia*, cuyo nombre dió ocasion á que creyera el vulgo que eran *once mil*, ó sea en latin *undecim mille*. — ¡Oh! perdon, repuso sería y agriamente el guía: es fuera de toda duda que eran *once mil*. — Once mil serian, mi amo, no lo dude Vd., que así lo reza tambien el calendario de España; y aunque á primera vista parecen muchas, tengo para mí que en aquellos tiempos debian abundar mucho mas las vírgenes que ahora: que si ahora volvieren los bárbaros de los godos, pareceme que no habian de encontrar tanta cosecha de vírgenes en que cebarse. — Señores (añadí yo, Fr. Gerundio), la opinion que he manifestado no es la mia;

he dicho que así lo sostienen graves autores : por lo demas no niego yo que fueran *once mil*.

#### El pleito del arzobispo.

Mil veces habia yo leído en los periódicos de España, largos y frecuentes artículos relativos á las serias contestaciones que mediaban entre el papa, el rey de Prusia y el actual arzobispo de *Colonia*. Mas, aunque por su lectura conocia que era una cuestion gravísima la que entre estos tres altos personajes se agitaba, la habia mirado siempre con aquel frio interes con que solemos mirar los españoles los negocios y diferencias que en países lejanos ocurren, y que en nada se rozan con los asuntos propios. Así pues, no me habia yo curado de sondear el origen y esencia de la cuestion del *arzobispo de Colonia*, y quizá lo mismo que á mí, sucede á muchos de mis paisanos. Natural era que hallándome en Colonia procurara ponerme al corriente del origen y causas de tan importante debate. Así fué en efecto, y he aquí las noticias que adquirí.

Los colonienses son generalmente católicos, pero todos los extranjeros que allí residen son luteranos ; y en el código que el rey de Prusia ha dado á las provincias del Rin en reemplazo del código de Napoleon que las rigió por espacio de veinte años, se dispone que los hijos de padre protestante sigan la religion de su padre. Contra este artículo es contra el que se pronunció con todas sus fuerzas CLEMENTE AUGUSTO, actual arzobispo de Colonia, que ha querido hacerse mártir en una época en que parecia no estar en uso el martirio. Apoyado en el poder espiritual que habia recibido del papa, se declaró abiertamente en oposicion al poder temporal del rey, protestando que no autorizaria á sus sacerdotes á bendecir ningun matrimonio mixto sin que los padres, al rey de lo dispuesto en el ordenamiento real, se comprometiesen formalmente á educar sus hijos en la religion católica ; que si para ellos el matrimonio no era mas que un contrato y no un sacramento divino, sacerdotes luteranos tenian que lo autorizaran, de ningun modo él ni su clero, á no ser con aquella condicion.

He aquí el origen de la famosa cuestion *sobre matrimonios mixtos* ; que ha valido al actual arzobispo de Colonia persecuciones y arrestos en fortalezas militares, que ha producido envíos de tropas, rechazamientos de estas por el pueblo, graves conmociones en el país, contestaciones serias, fuertes y pesadas entre el papa,

el rey y el prelado, que ha podido ocasionar fatales escisiones, y que últimamente, para bien de la Iglesia y del Estado, parece tocar á un desenlace ménos funesto de lo que se podia temer.

#### Agua de Colonia.

— Señor, (me dijo Tirabeque apénas salimos de la catedral), diga Vd. á este doméstico que nos lleve, ántes que á otra parte alguna, á ver esa famosa *agua de Colonia* que tanto nombre tiene por el mundo ; y ahora es la ocasion de llevarnos para España algunos cubetos de ella, que supongo no nos costará mas que la vasija y el porte. ¿ Pues qué, crees que el *agua de Colonia* es acaso la que lleva el *Rin*? — No, señor, pero por fuerza habrá alguna fuente muy abundante, puesto que da para surtir todas las perfumerías del mundo, y cada uno podrá llevar los cántaros que le acomode en tocándole su vez. En llegando á España, mi amo, hasta los hábitos voy á empapar en agua de Colonia, para que oliéndome desde média legua, digan : « ¡ Qué perfumado va Tirabeque ! Bien se conoce que acaba de llegar de Alemania, y que ha traído agua de Colonia por mayor. »

Hícele presente á nuestro guia el deseo de Tirabeque. « Está bien, me respondió, ahora mismo os conduciré al almacén de *Juan María Farina*, sucesor de *Paolo Féminis*, inventor del famoso cosmético, que es el almacén mas surtido y acreditado de la ciudad. » Nos condujo pues frente al mercado viejo (*Altenmarkt*). — Entre nosotros aquí, nos dijo. — Señor, me decia Pelegrin, yo hubiera querido cargar en la misma fuente ; pero en fin, si es por tomar al mismo tiempo la vasija, no tengo inconveniente que llevemos de aquí algunas pipas ó barriles, aunque salgan un poco mas caros. — Estos señores, (dijo el *domestique* á una gruesa dama de mostrador) son extranjeros y quieren llevar á su país agua de Colonia. — Y bien, ¿ cuánta gustan llevar? — Señora, contestó Pelegrin, cuatro, seis ó doce cubetos, que con tal que tengámos para una buena temporada, por barril mas ó ménos no hemos de reparar.

Figúrese el lector cuál se quedaria mi lego al ver que en lugar de cubas ó toneles, nos presentaban unos pequeños frasquitos, muy historiados sí, pero de pocas onzas de agua. — Señora, le dijo, no ande Vd. con miserias ; nosotros la queremos por mayor, por mayor. — Y bien, ¿ cuántos cientos queréis? — Eche Vd. ochocientos ó mil. ¿ Á cómo es cada añagaza de estas? — Á dos